

“Por la carne, el placer de los sentidos engaña al espíritu, el hombre se hizo criminal y perdió su inocencia y su felicidad.”

Otros, á quienes hace sonreír el relato bíblico, han encontrado la interpretación de esa página, que es en su concepto la verdadera.

“Nada de serpiente, dicen, nada de árboles, nada de diálogos, nada de promesas, nada de seducción. El objeto de la prueba era sencillamente la privación de relaciones sexuales entre el marido y la mujer durante cierto período de tiempo.”

“El mal pensamiento de adelantar el tiempo fijado por Dios, se deslizó en Eva, como una serpiente, sedujo á su marido y la desobediencia quedó consumanda: He ahí todo el misterio.”

Así obra siempre la incredulidad, así se maneja siempre el error: negar é inventar fábulas; he ahí su sistema.

Los detalles del relato bíblico son de tal manera precisos que es imposible no ver en cada uno de ellos una realidad.

Vamos á estudiarlos.

LOS ANGELES.

El drama de la caída, como decíamos en el precedente artículo, tiene su prólogo.

La primera rebelión fué la de los ángeles, y se trasladó después á un teatro diverso, á la tierra.

En el Edén, el ángel prevaricador inició la tentación, y en ella cayeron los jefes de la raza humana.

Pero ¿qué es verdad que existen los ángeles? ¿Hay otro mundo invisible en el que moran puros espíritus conocidos con ese nombre?

¿No son, por ventura, los ángeles unos sueños de nuestra imaginación, un elemento de que se sirve la fantasía para poetizar la ciencia?

El gran símbolo católico, responde á esta pregunta.

“Creo en un solo Dios, dice el Símbolo, Padre Omnipotente, creador de las cosas visibles é invisibles, *factorem visibilium et invisibilium*.”

La Iglesia, en esta fórmula divina, propone á nuestra fe la creencia en el mundo invisible: ba-

jo el nombre de cosas invisibles, se significan los ángeles.

Este mundo invisible tiene por enemigos natales á aquellos cuya única ambición es suprimir la ciencia de los espíritus, bajo el pretexto de que ella escapa á las observaciones de la experiencia.

“Y no sólo los materialistas y positivistas niegan la existencia del mundo invisible; gran número de pensadores, francamente espiritualistas, ven con malos ojos, dice el P. Monsabré, en nuestra enseñanza católica, el capítulo sobre los ángeles, y pretenden que es necesario no hacer caso de ellos, como no se hace caso de las leyendas y de los cuentos en que se refieren los hechos maravillosos de los genios y de las hadas.”

Ni los unos ni los otros, están en la verdad.

Con la brevedad propia de nuestra publicación, probaremos la existencia de los ángeles, ó sea del mundo invisible, y estudiaremos la naturaleza y las funciones de esos espíritus.

La palabra *ángel*, es una voz griega que significa *nuncio*, *mensajero*.

Así es que este nombre, no es el de una naturaleza, sino el de un oficio, el de un ministerio.

Pero como el ministerio de anunciar, comunemente se confía por Dios á los espíritus celestiales, el uso ha hecho que á esos espíritus se les dé el nombre de ángeles.

Propiamente por ángel, entendemos una sustancia creada espiritual é intelectual, superior á los hombres.

Los ángeles son invisibles, pero no son desconocidos.

Es preciso no confundir lo invisible con lo desconocido.

Si no se conociera más que lo que es visible, la ciencia humana quedaría reducida á círculo estrechísimo.

Digan lo que quieran los positivistas, es, á nuestro juicio, enteramente cierto que lo invisible puede ser conocido.

Un ser invisible, puede conocerse de tres maneras: por una afirmación digna de fe, por las manifestaciones de su poder y por una inducción racional que fije su sitio en el conjunto de las existencias ó de los seres.

La humanidad, en todos los siglos, ha afirmado la existencia de los ángeles: esta afirmación, universal y constante, es digna de fe.

Moisés, al dejar consignada en la primera página de su admirable libro, la historia de la creación, no hace mérito de la creación de los ángeles.

San Agustín, dice que no fueron omitidos en la historia de la creación de las cosas, y que su creación fué significada con el nombre de *cielo* ó de *luz*.

Por eso en el Génesis, se dice que en el principio crió Dios los cielos.

Y Moisés, en sentir de tan ilustre Doctor de la Iglesia, omitió el nombre de ángel, porque temía que el pueblo hebreo, para quien escribiera su libro, de cerviz dura y enteramente rudo, tomase motivo de la creación de los ángeles, para convertirse, imitando á los gentiles, á las prácticas de la idolatría.

Pero una tradición universal, nos muestra á la divinidad enviando hacia las criaturas inferiores un ejército de seres intermedios, siempre en acción.

Que se les llame *semidioses*, *genios*, *rectores celestes*, *almas astrales*, *luces vivientes*, nada importa: estos nombres diversos, designan siempre y en todas partes, á los mismos seres: espíritus

invisibles, inferiores á Dios, superiores al hombre, los ángeles.

“Orfeo, dice el P. Monsabré, los ha cantado en sus versos; el viejo Hesiodo nos refiere sus hazañas; Thales, Pitágoras y los antiguos sabios, los colocan en el vestíbulo del mundo divino, en donde viven emancipados de los males que nos afligen; Platón, llena con ellos los espacios, les llama dioses secundarios, inteligencias separadas, almas celestes, genios, y de hecho, los ministros de la divinidad, cerca del mundo inferior; Sócrates, su maestro, conversa familiarmente con uno de ellos; Aristóteles, los considera como los centros de atracción y los motores de los orbes celestes; los orientales los adoran; los bárbaros y los salvajes temen su poder. Aunque no se les ve, son populares en todas partes. Su nombre viene, sin cesar, á nuestra lengua, para expresar la perfección, la gracia, la delicadeza. Decimos: belleza de ángel, pureza de ángel, amores de ángel.”

“A pesar vuestro, agrega el P. Monsabré, tal vez creéis en los ángeles; nosotros creemos en ellos, todos los pueblos creen. Es el caso de decir con un autor sensato: “Hay, sin embargo, alguno que tiene más talento que los sabios, obstinados

en no creer más que lo que miran, y ese alguno es el mundo todo.”

La tradición es universal: la creencia en los ángeles, ha dominado en todos los tiempos y en todos los climas.

Posible es y seguro, que esta tradición deriva de la primitiva revelación por la cual descubrió Dios al hombre, al padre del género humano, toda la extensión de su obra.

Pero aparte de este origen, indiscutible para los creyentes, hay otra razón que funda, á no dudar, la creencia en los ángeles: las manifestaciones de su poder.

Dejando aparte las leyendas, tenemos en los libros santos, cuya verdad histórica nadie puede controvertir seriamente, los datos más preciosos: ellos ponen de manifiesto una larga serie de fenómenos exteriores, por los cuales el mundo invisible se ha manifestado.

Moisés, que por prudencia, calló el origen de los ángeles, cuando se trata de las manifestaciones del mundo invisible, es el historiador imparcial, fiel á sus deberes de narrador de todos los acontecimientos graves que se han realizado en la humanidad.

Con admirable sencillez describe las apariciones de los espíritus angélicos, desde el funesto día en que partió el hombre para el lugar de su destierro, hasta el día glorioso en que le fué dado contemplar, desde la cima de la montaña, la patria prometida á su pueblo.

Miran nuestros ojos, al repasar los libros de Moisés, al querubín que guarda la puerta del Paraíso perdido, para impedir toda tentativa de retorno; á los tres huéspedes misteriosos que, bajo la tienda del Patriarca Abraham, reciben generosa hospitalidad; á los dos ministros de la venganza divina, que entran por la tarde á Sodoma, salvan á Lot y á su familia, y hacen que lluevan torrentes de llamas sobre las ciudades criminales que la cólera del Señor condena; al consolador celeste, que consuela en el desierto á la afligida Agar y le revela dos destinos de su hijo Ismael; al mensajero que detiene el brazo de Abraham, armado para inmolar á su hijo; á las santas falanges que suben y bajan por una escala misteriosa, con las manos llenas de gracias y de oraciones; á los fuertes que protegen á Jehová, contra la cólera de su hermano Esau.

Cuando el pueblo de Israel sale de Egipto, un ángel le muestra la vía.

El Sinaí está ardiendo, la gloria de Jacob ha descendido sobre su cima temblorosa, el Señor habla y los ángeles escriben, á su dictado, la santa ley que ha de arreglar en lo futuro la vida religiosa de Israel.

Un ángel anuncia el nacimiento y la vocación de Sansón; un ángel nutre en el desierto al Profeta Elías; un ángel es el que hiere el ejército de Senaquerib; un serafín es el que purifica los labios de Isaías; el arcángel Rafael es el que visita la casa del anciano Tobías y le llena de beneficios; el arcángel Gabriel es el que desciende á la hora de la oración cerca de Daniel y le revela los grandes misterios del Altísimo.

Los mensajeros de Dios, aun después de haber entrado el pueblo escogido á la tierra prometida, no abandonan el mundo.

Gabriel anuncia á Zacarías el nacimiento de Juan Bautista; batallones luminosos de la milicia celeste rodean el establo en que descansa el Niño divino; los ángeles protegen al Dios recién nacido contra la persecución de Herodes.

Hundido Cristo en la tristeza y casi agonizan-

te en el huerto, un ángel le sostiene y le conforta. Los ángeles son también los que anuncian el triunfo de Cristo cuando sale victorioso de la tumba.

Cristo subió á los cielos; pero los ángeles no abandonan la tierra.

Consuelan á los Apóstoles, visitan á Pedro en su prisión, anuncian al centurión Cornelio que sus oraciones y sus limosnas han encontrado gracia ante el Señor, libertan á Pablo de una gran tormenta, y regocijan con admirables visiones al dulce desterrado de Pathmos.

“No créais, dice el P. Monsabré, que estas visiones sean el término de las manifestaciones del mundo invisible; los ángeles tienen su domicilio en la Iglesia.

“Los desiertos y las montañas, los claustros y los campos de batalla, han sido honrados muchas veces con sus gloriosas y benéficas apariciones. Muchas veces los santos han gozado de su dulce familiaridad; muchas veces los pueblos cristianos han resentido los efectos de su protección poderosa.”

“La Iglesia refiere estas maravillas en sus anales y los canta en sus himnos. Esto dura diecio-

cho siglos há, y durará hasta el gran drama del fin de los tiempos.”

“Entonces la pálida muerte vendrá á cosechar lo que quede de hombres en el mundo; entonces los espíritus celestes despertarán con sus clamores á los que duermen en la tumba; entonces un ángel abrirá los senos del abismo para precipitar en ellos á los réprobos; entonces los elegidos se mezclarán á las santas falanges; entonces la epopeya angélica y la epopeya humana quedarán cerradas por un eterno *aleluya*.”

Ninguna inteligencia honrada puede poner en duda, ante estos testimonios, la existencia de los ángeles: la tradición universal, las manifestaciones del poder de esos invisibles espíritus, son dos poderosos motivos que determinan al entendimiento humano á reconocer la existencia del mundo invisible.

La existencia del mundo invisible no es uno de esos misterios impenetrables, ante los cuales nuestra inteligencia queda condenada á una adoración muda.

A esta pregunta: ¿Existen los ángeles? no nos

contentamos con responder: yo lo creo; yo lo espero.

Respondemos resueltamente: estoy cierto de ello.

En efecto, una inducción racional nos muestra, en el mundo invisible, la prolongación necesaria del mundo visible.

Todo agente, es decir, todo lo que produce algún efecto, tiende á dejar su semejanza en ese efecto, en la medida y en la manera en que el efecto pueda llevarla.

Y esta semejanza se imprime en el efecto con tanta más perfección, cuanto más perfecto es el agente.

Así un cuerpo, cuanto más caliente está, calienta mejor; cuanto más ilustrado y sabio es un artista, tanto mejor imprime en la materia las bellezas del arte.

Dios, por lo mismo, al crear á los seres, imprimió en ellos su semejanza, en la manera y en la medida que pudieran llevarla, y con tanta más perfección, cuanto que él es no sólo el más perfecto de todos los seres, sino el único ser en quien reside la perfección sin límites y sin medida.

Pero las cosas creadas no podían llevar la per-

fecta semejanza de Dios, si estuvieran reducidas á una sola especie, porque como la causa excede al efecto, lo que en la causa es simple y uno, en el efecto tiene que estar compuesto y multiplicado, salvo que el efecto pertenezca á la especie de la causa, lo que no puede decirse de los efectos creados con respecto al Creador.

Era, pues, preciso, para que en las cosas creadas se encontrase la semejanza de Dios, en el modo y manera que ellas pueden llevarla, que esas cosas fueran múltiples y varias.

Dios, en consecuencia, según este principio de la razón, ha debido crear muchos seres, todos entre sí distintos.

Otra razón funda esta tesis.

En todo efecto ha de estar la semejanza de su causa.

El efecto, entonces, será más perfecto, cuanto más se asemeja á su causa.

En Dios, se advierten dos cosas: la bondad y la difusión de esa bondad en otros seres.

Las cosas creadas serán, de consiguiente, más perfectas, cuando sean no sólo buenas, sino que tiendan á difundir la bondad en otros seres, co-

mo será más semejante al sol un cuerpo que sea no sólo luminoso, sino que difunda la luz.

Una criatura no podría difundir su bondad en otra ó en otras, si éstas no existieran.

Era, entonces, necesario, que Dios crease muchos y distintos seres, para que en todos ellos y en diversos grados, se encontrara la imagen de su belleza soberana.

Debió, en consecuencia, aparecer en el mundo, como en efecto aparece, incontable muchedumbre de seres radical y profundamente distintos.

Nuestros sentidos palpan las sustancias materiales, los cuerpos que nos rodean.

Ellos, á su manera, llevan la imagen, la semejanza del Creador.

Pero esa imagen, esa semejanza, no es más que una imitación grosera y lejana del ser y de la vida de Dios.

Los seres corporeos tienen ser, existen; sólo en esto son una semejanza del Ser Supremo.

Pero la razón no concibe un mundo en que sólo hubiese materia, por perfectamente organizada que se la suponga; un mundo inconsciente de su existencia y de su vida, eternamente condenado á la ignorancia de su origen y de sus destinos,

eternamente incapaz de gozar del bien que ha recibido de su autor, y de hacer que este bien vuelva á su fuente: el mundo constituiría así, un espectáculo sin testigo, un juguete inútil, despreciable, indigno de aquel á quien hace infinitamente dichoso la contemplación de su propia belleza.

Es preciso repetirlo: la razón humana no puede concebir un mundo reducido á seres materiales, sin conciencia y sin sentido.

Estos seres no serían el efecto que representara, en su mayor perfección, á la causa creadora.

Toda causa imprime en su efecto su imagen.

En Dios no sólo hay el ser, hay la operación.

Convenía, pues, para la perfección consumada del universo, que hubiese en él seres que llevaran en sí, no sólo la semejanza de su naturaleza ó de su ser, sino también la de su operación.

Y como Dios no obra sino por el entendimiento, todo lo ha hecho por su Verbo, evidente es que además de los seres corpóreos, deben existir en el mundo criaturas dotadas de voluntad y de inteligencia: estas revelan con más perfección la imagen de su creador.

La semejanza de una cosa se encuentra en otra

de dos maneras: en cuanto al ser de naturaleza y por medio del conocimiento.

Un cuerpo encendido, convertido en fuego, se acerca á otro y lo calienta.

En el cuerpo calentado, está la semejanza del calor del fuego que calienta: el calor recibido es de la misma naturaleza que el calor del cuerpo encendido.

Aquí la semejanza está en el efecto, por razón del ser ó naturaleza.

La semejanza de fuego, puede estar en la vista ó en el tacto, es decir, por conocimiento.

Era, pues, preciso, para que la semejanza de Dios estuviera en las cosas de todos los modos posibles, que la bondad divina se comunicara á los seres, no sólo por medio de la existencia, sino por medio del conocimiento.

Y como sólo el entendimiento puede conocer, infiérese, sin esfuerzo, que fuera de las sustancias corpóreas, es preciso que haya en el mundo sustancias inteligentes.

“Y las hay: imágenes vivas de nuestro Creador, dice el P. Monsabré, representamos en nuestras almas las perfecciones por las cuales él obra; re-

presentamos en la inmaterial sustancia de nuestras almas, su purísima sustancia.

La asimilación perfecta del efecto á la causa suprema, es evidente, el hombre es el coronamiento del universo.

“El hombre, decíamos, es la imagen viva de Dios, porque representa en sus facultades las perfecciones por las cuales Dios obra, y porque, en la inmaterial sustancia de su alma, representa la purísima sustancia divina.”

El hombre, agregábamos, es el coronamiento del universo, pero es el coronamiento del universo inferior y no de la obra total por la cual Dios expresa, fuera de sí mismo, su ser y sus perfecciones.

Mirando el mundo inferior, se advierte, en efecto, que la gradación de los seres es perfecta, si seguimos su movimiento ascensional, de un reino á otro reino, hasta esta síntesis animada que se llama la naturaleza humana; pero la naturaleza humana está al borde de un abismo, que es necesario llenar, para acercarse al infinito.

El hombre, aunque sea espíritu, no tiene su plenitud más que en la composición: necesita de la materia para existir, de la materia para obrar, de la materia para adquirir su perfección intelectual y moral.

Interrogando á la materia, es como saca de ella las formas sensibles, que la actividad de su inteligencia convierte en ideas; arreglando, por aspiraciones inmateriales, los apetitos de la materia, es como forma en su alma las costumbres santas.

Así es que, si el hombre es grande cuando se le compara con las realidades inferiores, es pequeño cuando se le compara con las posibilidades de un orden más alto.

Es, entonces, evidente, que la naturaleza humana, pequeña porque el alma necesita del cuerpo para obrar y perfeccionarse, no puede ser la última palabra en el orden de la creación.

Debe haber otras sustancias espirituales, que no necesiten de la materia, que estén separadas del cuerpo, para existir y para obrar.

La razón así lo persuade.

No puede ponerse en duda que, corrompido el cuerpo humano, destruido ese organismo, no por

eso se destruye el alma: destruido el cuerpo, la sustancia intelectual tiene que subsistir.

Las inspiraciones del buen sentido, el dictamen de la razón recta, así lo demuestran.

La perfección y la corrupción en un ser, son dos cosas, á toda luz, contrarias.

Es, entonces, incontrovertible, que ninguna cosa se destruye, se corrompe, por aquello en que consiste su perfección.

Ahora bien, la perfección del alma humana, consiste en su abstracción del cuerpo.

Dos cosas perfeccionan el alma humana: la ciencia y la virtud.

El alma humana se perfecciona, tanto más, por la ciencia, cuanto más considera las cosas in-
materiales: el alma humana se perfecciona, tanto más, por la virtud, cuanto más se separa de las pasiones del cuerpo.

Si, pues, la separación del cuerpo constituye su perfección, evidente es que no puede perecer destruido el organismo.

Alguien podría decir que el alma, separada del cuerpo, evidentemente se perfecciona; pero se perfecciona en su operación; se perfecciona por

la ciencia y por la virtud; pero no en su ser, no en su sustancia.

La observación carece de eficacia.

Si el alma, separándose del cuerpo, se perfecciona en su operación, tiene que quedar existente en su ser.

La operación sigue la naturaleza del ser.

Si, pues, el alma, en su operación, se perfecciona, abandonando el cuerpo y las cosas corpóreas, su naturaleza, su sustancia, su ser, jamás podrá destruirse, aunque se separe del cuerpo.

Hay otra razón.

La perfección propia del hombre, por lo que mira á su espíritu, es algo incorruptible, algo que no puede perecer.

La operación propia del hombre, como hombre, es entender, y en esto se distingue precisamente de los brutos, de las plantas y de los seres inanimados.

Y esta operación propia del hombre, el entender, sólo puede ejercerse en cosas universales y por lo mismo incorruptibles.

Si, pues, la perfección del hombre consiste en algo incorruptible, como es el entender, es evidente que el ser mismo, á quien perfecciona esa

operación, tiene que ser incorruptible, porque las perfecciones siempre son adecuadas al ser á quien ellas perfeccionan.

Hay otro fundamento.

Si el alma humana se destruyera, por la destrucción del cuerpo, se debilitaría necesariamente, debilitándose el cuerpo.

El alma humana no sufre esos debilitamientos, cuando el organismo se debilita.

Hay facultades del alma que suelen debilitarse, debilitado el órgano del que necesitan para sus funciones.

Así, por ejemplo, debilitado el ojo, se debilita la facultad de ver; pero esta debilidad es por accidente.

Es decir, en realidad, la facultad del alma no sufre menoscabo.

La prueba de ello es que si el órgano se restaura, la vista ó la facultad de ver aparece en toda su perfección.

Esto no sucedería si el debilitamiento hubiera acaecido en la facultad de ver y no en el órgano de que se sirve el alma para esa función.

Por eso decía Aristóteles, que si un anciano recibiera el ojo de un joven, vería como joven.

El debilitamiento, pues, está en el órgano y no en el alma.

Hay facultades del alma que no necesitan del órgano corporeo para realizar sus funciones: tal es la facultad de entender.

Así es que esta facultad, ni por accidente puede sufrir menoscabo, como lo sufren las que requieren para obrar el órgano del cuerpo.

Suele suceder que en la operación del entendimiento, haya fatiga ó impedimento por las enfermedades del cuerpo; pero esto no es, dice Santo Tomás, por la debilidad del mismo entendimiento, sino por la debilidad de las fuerzas de que necesita el entendimiento, á saber: de la imaginación, de la memoria y del conocimiento.

Así es que el entendimiento humano es enteramente incorruptible: tiene que serlo el alma; no perece, por lo mismo, cuando el cuerpo se destruye.

La razón, de consiguiente, demuestra con evidencia notoria, que el alma humana subsiste, ó más bien dicho, puede subsistir separada del cuerpo.

Esta vida del alma, separada del cuerpo, no es

natural en ella, es accidental, porque el alma es forma del cuerpo.

Si, pues, hay substancias intelectuales, como es el alma humana, que por accidente pueden subsistir, separadas del cuerpo, es indudable que debe haber otras que subsistan separadas del cuerpo, por naturaleza y no por accidente.

Principio es, que la razón percibe sin esfuerzo, que lo que es, como dicen los filósofos, *per se*, es primero, que lo que es *per accidens*.

Hay más.

Es una verdad, accesible á toda inteligencia, que lo perfecto en un orden, es primero que lo imperfecto en el mismo orden.

Si no fuera así, si lo imperfecto fuera primero que lo perfecto, lo perfecto habría nacido de lo imperfecto, lo menos habría producido lo más.

Las almas humanas evidentemente son imperfectas, son las formas de los cuerpos, necesitan del organismo para sus operaciones, de aquí nace su imperfección.

Si, pues, en su género, que es el ser intelectuales, son imperfectas, debe haber en el mismo género otras substancias perfectas.

Claro es, entonces, que debe haber otras subs-

tancias intelectuales que puedan existir naturalmente separadas de los cuerpos: en eso consiste necesariamente su perfección.

Hay otra tercera razón, que viene á ser como una amplificación de la que acabamos de enunciar.

Lo perfecto precede á lo imperfecto; este es un principio de eterna verdad.

El alma humana entiende; pero es imperfecta en su modo de entender, porque, para entender, necesita tomar de las cosas sensibles las especies á fin de convertirlas en inteligibles.

La perfección del entendimiento consiste en entender las cosas que por sí son inteligibles, sin recibir el conocimiento de las cosas sensibles.

Esto es evidente: es, entonces, preciso que haya otras substancias intelectuales que entiendan sin necesidad de buscar el conocimiento en las cosas materiales.

Esas substancias, esos seres, que entienden sin necesidad de especies sensibles, que viven sin ser formas de la materia, son los ángeles.

Pudiera decirse que en efecto la perfección es primero que la imperfección: pero esto no exige que antes de las almas humanas haya otras sus-

tancias intelectuales que constituyan esa perfección en el género.

Para llenar esta necesidad lógica, digamos así, basta la existencia de Dios que es la perfección suprema.

“Dios es la perfección misma, responde el P. Monsabré, yo lo sé muy bien; pero Dios es el ser increado, y donde se busca la perfección intelectual que falta, es en un ser creado.

“¿Dónde está esa perfección, continúa el P. Monsabré, si no en los abismos cuyas riberas estoy tocando?”

“No, no, continúa el sabio dominico, estos abismos no quedarán vacíos. Las necesidades lógicas del acto creador me obligan á poblarlas con inteligencias perfectamente asimiladas al supremo inteligible; con espíritus puros é independientes que encuentren su plenitud en la simplicidad y que no tengan como yo necesidad de la materia para existir, para obrar y perfeccionarse; con espíritus que se ven ellos mismos, mientras que yo me busco; con espíritus que aspiran inmediatamente lo inteligible, mientras que á mí no viene sino buscándolo en las formas sensibles; con espíritus en los cuales Dios se reconozca mejor que

en la mezcla de los dos elementos de que se forma mi naturaleza.”

Es preciso admitir la existencia de los ángeles.

“Sin ellos, concluye el P. Monsabré, sería para mí el mundo lo que sería un cuadro sin perspectiva, lo que sería un retrato sin expresión, lo que sería esta magnífica basílica, si un techo vulgar reemplazara las ligeras bóvedas que sostienen sus columnas, como una tiara sobre la cabeza del pueblo cristiano.”

El mundo invisible existe: las tradiciones lo afirman, sus manifestaciones lo revelan, la razón lo adivina, lo llama y fija su lugar en el conjunto de los seres creados.

Pero ¿cuál es la naturaleza de esos seres misteriosos de que se forma el mundo invisible?

¿Cuál es su esencia, cuáles son sus facultades y su manera de ponerse en relación con los otros seres?

Los ángeles son, como ya lo dejamos indicado, espíritus puros.

Están exentos de materia, por sutil y etérea que se conciba.